

EL GENERAL SAN MARTIN UN HOMBRE EXTRAORDINARIO (*)

“El nombre de San Martín continuará
“glorificado de siglo en siglo”.

BARTOLOMÉ MITRE

Héroes, próceres: en todos los pueblos los hay; en todas las patrias los honran.

Héroes y próceres llenan páginas y libros en la historia de la humanidad: héroes y próceres, guerreros y civiles, conquistadores y libertadores, benefactores de la patria y benefactores de todos los hombres.

Honremos a los nuestros y respetemos a los demás.

Veneremos la memoria de nuestros héroes y de nuestros próceres; penetrémonos de sus virtudes y aprendamos en su ejemplo: así seremos mejores; así serviremos mejor a nuestra patria.

Hombres como los demás, los héroes y los próceres poseyeron la misma organización somática y psíquica de los otros hombres; pero, además, supieron y pudieron elevarse por encima del nivel común y descollaron en virtudes y escalaron las cimas de la gloria y allí descansan de sus afanes y reciben el homenaje conquistado.

Todos ellos, sin embargo, pagaron el precio ingrato de la gloria: todos fueron calumniados, vituperados y muchos de

(*) Conferencia pronunciada el día 28 de julio de 1950 en el salón de actos de la Biblioteca Popular “Cosmopolita” de la ciudad de Santa Fe.

ellos escarnecidos, perseguidos y martirizados por los mismos que recibieron sus beneficios... Luego, el tiempo apaciguó las pasiones, la ciencia histórica descubrió las verdades y la posteridad reconoció los méritos.

Héroes y próceres: en todos los pueblos los hay y en todas las patrias los honran.

Pero, hay uno, como estrella de primera magnitud, que luce más que otros; que brilla más que muchos otros: ¡*San Martín!*

Hombre extraordinario, honra de su siglo; gran capitán de los Andes; símbolo de la probidad, del desinterés y de la integridad de carácter; todo lo pudo y renunció honores, fortuna y poder, por amor a la patria y a la libertad. Creció en grandeza al sufrir estoicamente la injusticia, el destierro, la deslealtad, el olvido, la ingratitud y la pobreza.

Dichosa su patria, en cuya gesta heroica fué numen y padalín; pero, más dichosa, todavía, si sabe vivir bajo el signo esplendente de su luz estelar...

Conocemos su historia y nos asombramos de la ingratitud de sus compatriotas contemporáneos; estudiamos su conducta y nos causa extrañeza pensar que, todavía, pueda haber quien lo calumnie y pretenda deslucir su grandeza... Es que el excesivo brillo enceguece y el excesivo brillo espiritual oscurece los espíritus pequeños.

Ya lo hemos dicho: era un "hombre extraordinario", luego, no puede ser comprendido por hombres ordinarios que se empeñen en mirarlo a través de la espesa neblina cerebral, que producen las pasiones del ánimo.

Su vida es un hermoso poema romántico y el romanticismo no fué nunca alcanzado por la mente del hombre práctico y materialista, sino para aprovecharlo en propio beneficio.

La carrera militar de San Martín, en España, es una interrumpida sucesión de acciones guerreras, en las que expone su vida generosamente, como buen soldado: con sereno valor. Frente a los moros, en las dunas marroquíes; frente a los ingleses, en la goleta "La Dorotea" o frente a los franceses, en

las serranías del Rosellón y en los desfiladeros de la Sierra Morena, el cadete San Martín, el oficial San Martín y el jefe San Martín se batieron con denuedo y merecieron el reconocimiento de sus superiores.

Una foja de servicios tan lucida era digna escala para una rápida subida a las cumbres de la jerarquía militar y, sin embargo,

“... supe la revolución de mi país —dice en 1820— y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi patria...”

Romanticismo puro. Otros americanos como él integraban las filas del ejército español y también tuvieron noticia de la revolución; pero, continuaron sirviendo a la madre patria, conservaron el tesoro de sus fojas de servicios y ganaron con él nuevos galones y nuevas prerrogativas.

San Martín prefirió ser nada en su patria, a ser lo que no debía ser en España.

Y España era su patria primera; España era la patria de siempre, de sus mayores, la tierra que guardaba los restos de su padre y que pronto guardaría los de su madre... Ante estas tumbas venerandas no podrían jamás hincarse y rezar... Ni podría jamás estrechar las manos amigas de los tiempos juveniles... Y en la tertulia del cuartel o del campamento, su nombre sería pronunciado con desprecio y acompañado de epítetos denigrantes...

¿Y qué habría de encontrar en su patria nativa?

¿Quién lo conocía en ella?

¿Creerían leal a quien dejaba de serlo a España? ¿Y si lo tomaban por enviado español, para favorecer a la reacción?...

El valiente de los campos de batalla fué valiente, también, ante el destino desconocido y dudoso... : ¡y se lanzó al albur!

Llegó a la patria y desconfiaron de su lealtad. Por eso,

el gobierno resolvió mantenerlo cerca y le encomendó la organización de la defensa de Buenos Aires.

En San Lorenzo se puso a prueba y cumplió leal y heroicamente con su deber.

No obstante, continuó la desconfianza y hubo temor de que pudiera aprovechar su creciente prestigio, para encumbrarse en el gobierno. ¿Acaso no había intervenido decisivamente en la caída del primer triunvirato?

Era, pues, conveniente alejarlo y se aprovechó la doble derrota de Vilcapujio y Ayohuma para enviarlo al Norte, en reemplazo de Belgrano, el patriota por antonomasia.

Alla fué, contra sus deseos y allá enfermó.

Pero, en su breve pasaje por las tierras norteñas, comprendió la inutilidad del reiterado sacrificio que significaba empeñarse en llegar a Lima por el Alto Perú; y lo que los hombres comunes no pudieron ver, ni aún después de los repetidos desastres sufridos, lo vio el "hombre extraordinario":

"La patria no hará camino por este lado del Norte, que no sea una guerra permanente defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al pozo de Airón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré, ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a usted mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan. Aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar Lima; es ése el camino y no éste, mi amigo. Convénzase usted que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no se acabará. Deseo mucho que nombren ustedes alguno más apto que yo para este puesto: empéñese usted para que venga pronto ese remplazante y asegúreles que yo aceptaré la intendencia de Córdoba. Estoy bastante enfermo y quebrantado; más bien me retiraré a un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquier parte. Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca, es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de ca-

ballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de grande necesidad, si hemos de hacer algo de provecho y le confieso que me gustaría pasar mandando este cuerpo.”

(De la carta del 22-IV-1814, al ex triunviro
Rodríguez Peña)

Naturalmente, no se tomó en serio su proyecto y aún muchos años después —en 1837 y a pesar del éxito consumado—, se consideraba que había sido un error no insistir por la vía del Alto Perú, para llegar a Lima. Así es la pasión, pues, como dijera alguna vez el mismo Libertador: “No hay juez más parcial que el amor propio”.

Un mes después, los médicos lo mandan a las sierras cordobesas en busca de alivio para su mal y el gobierno autoriza el viaje a pretexto de que “el general del Ejército Auxiliar del Perú ha caído, por desgracia, mortalmente enfermo”.

A pesar de tan rotunda afirmación, en el Ejército del Norte no se cree que tal sea la causa de su alejamiento:

“Por entonces se dudaba de la certeza de la enfermedad —dice el general Paz en sus “Memorias”—; pero, luego fué de evidencia que ella era un mero pretexto para separarse de un mando en que creía no deber continuar...”

Y, menos pudo creerse, cuando apenas mal repuesto de sus males vuelve al servicio de la patria, como gobernador-intendente de Mendoza, es decir, conforme a sus deseos antes manifestados.

Desgraciadamente, la enfermedad existe en efecto y, aunque no es mortal, cual afirma el gobierno, ni tampoco de carácter tuberculoso, como pensaron algunos, es una enfermedad suficientemente grave para producir un serio quebranto en su salud. La prescripción médica procuraba, por sobre toda otra medicación, un descanso efectivo.

Y, si apenas mal repuesto, vuelve al servicio, es porque su conciencia del deber se lo impone y la convicción de que

el tiempo urge para la patria, así se lo exige; pero, Mendoza no ayudará a su restablecimiento, sino todo lo contrario.

Ante nuevas y reiteradas crisis, en que los dolores y los vómitos de sangre alarman a sus allegados, sólo su extraordinaria fuerza de voluntad puede mantenerlo en pie y en constante actividad.

Así es cómo, en Mendoza, trabaja más que los hombres sanos, desde la madrugada hasta cerca de la media noche; cómo, en 1817, cruza los Andes a fuerza de drogas y sostenido por ellas corre de un lado a otro y hasta carga al frente de los Granaderos a Caballo, en Chacabuco. Y cómo, luego, galopa hasta Buenos Aires y de regreso, anda, bulle y rebulle en Chile; pasa y repasa la cordillera; soporta el revés de Cancha Rayada, del que se desquita quince días después en Maipú; vuelve a galopar hasta Buenos Aires y a pasar y reparar la cordillera; organiza la expedición a Lima; enfrenta la anarquía y las órdenes del gobierno para combatirla; se embarca para el Perú; marcha y contramarcha en tierras peruanas, para no aparecer como conquistador, sino como l'bertador... Siempre con sus dolores y sus achaques, siempre con sus necesidades de atención médica y de descanso y siempre sin que su actividad decaiga, ni mengüe su perseverancia, ni ceje su valor!...

Y a este hombre extraordinariamente recio, que no teme a las armas enemigas, que deja el porvenir seguro por el incierto porvenir, que no se amilana por el dolor físico ni por la muerte que parece acecharlo, que no se desanima con los escollos de la incomprensión, de la desconfianza y de la envidia, se lo llamó cobarde y flojón!...

¿Qué hizo el héroe ante el torpe agravio?

Ni protestó, ni se quejó ni se defendió!...

Extraordinario, ¿verdad?

Y más extraordinario, todavía, si se considera que tiene sangre española y es soldado: dos calidades clásicas de los más grandes quisquillosos de la historia y de la leyenda. Pero, San Martín lee a los filósofos y aplica la máxima de Epicteto:

“Si se dice mal de tí y es verdad, corrígete; si es mentira, ríete!”

Él se rió como un filósofo, como un Quijote, con quien podría haber dicho:

“Mira, Sancho: donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida; pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia; Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio ni en sus vestidos ni en sus costumbres; Alejandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno... dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho; de Hércules, el de los muchos trabajos, se dice que fué lascivo y muelle; de don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso, y de su hermano, que fué llorón.”

¿Qué podían importarle a él —Quijote empedernido— esas miserias humanas, si nada buscaba para sí? Ningún daño harían a sus intereses semejantes patrañas, porque carecía de ellos y nunca lo animaron propósitos de lucro ni de encumbramiento.

Era jefe por el propio peso de las circunstancias, porque tenía calidades de jefe, porque conocía el arte de ser jefe y lo había probado desde el primer día de sus actividades en América.

Pero, también, desde ese primer día, demostró su desinterés y su modestia, renunciando a la mitad de su sueldo en beneficio del erario público —lo que le ocasionó más de una dificultad económica— y renunciando cargos y grados, desde el de “jefe de las fuerzas de la defensa de Buenos Aires”, el 5 de junio de 1813, hasta el de “Protector del Perú” y “Comandante en Jefe del ejército peruano”, el 20 de setiembre de 1822.

En momentos en que los intereses y las ambiciones personales desencadenaban la división, la lucha y la sed de mando entre los hispanoamericanos, poniendo en grave e inmi-

nente peligro la marcha de la epopeya emancipadora, San Martín es el hombre extraordinario que repite la conducta sublime de Belgrano, despreciando la fortuna, el poder y los honores, en aras de la libertad.

Romántico incorregible, su Dulceina es la libertad y, por ella y para ella son todos sus afanes, sus andanzas por valles y montañas y sus tropiezos y encontronos contra la necedad humana.

Ya lo oyeron ustedes hace un momento, en palabras del héroe:

“...sólo sentía no tener más qué sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi patria...”

¡La libertad! ¡Siempre la libertad! Es la idea que mueve todos sus actos, es la estrella que guía todos sus pasos en América.

“Batimos en Maipú a los enemigos de nuestras libertades”, dice una vez; “La fuerza de las cosas ha preparado este gran día de vuestra emancipación”, proclama otra. Y, en ocasiones las más diversas, escribe, dicta o exclama:

—“Ante la causa de América está mi honor.”

—“No hay respeto humano que deba guardarse, cuando se trata de la seguridad y libertad americanas.”

—“Me atrevo a afirmar que se consolidará la libertad de la América, si se conservan, como no dudo, las virtudes que hasta aquí los han distinguido.”

—“De la íntima unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la América del Sud.”

—“Los liberales del mundo son hermanos en todas partes.”

—“Todo ciudadano tiene la obligación de sacrificarse por la libertad de su país.”

—“América adoptó con justicia el sistema de la libertad.”

Y así, muchas frases más, que son verdaderas sentencias

doctrinarias y que llenan páginas enteras de su nutrido anecdotario.

Pero, más que en sus palabras, es en sus hechos donde está siempre presente y rectora la idea de la libertad.

Él —enemigo de las disenciones internas— interviene en el golpe de Estado del 8 de octubre de 1812 “solamente a proteger la libertad del pueblo”, como lo expresara ante el Cabildo que lo ha llamado a su presencia, cuando éste pide consejo a los comandantes de tropas, para designar las nuevas autoridades. En nombre de ellos, contesta San Martín:

“...sin embargo de tener por ciertos los datos de la representación —se refiere a la petición popular presentada al Cabildo por los vecinos y leída ante los jefes— y por justas las quejas del pueblo, ellos y las tropas de su mando no podían intervenir en su formación, y el hecho de presentarse en la plaza respondía solamente a proteger la libertad del pueblo, para que así pudiera libremente explicar sus votos y sus sentimientos, dándose a conocer de este modo que no siempre están las tropas, como regularmente se piensa, para sostener gobiernos tiránicos; que sabían respetar los derechos sagrados de los pueblos y proteger la justicia de éstos; que con éste y no con otro objeto habíanse reunido en la plaza, poniéndose a las órdenes del Excmo. Cabildo; y que si éste les ordenaba retirarse lo ejecutarían en el acto, suplicando solamente se trabajase por el bien y la felicidad de la patria, sofocando esas facciones y partidos que fueron siempre la ruina de los estados.”

Interviene en el movimiento para que se cumplan los postulados de Mayo y el resultado plausible es la Asamblea del año XIII, primer congreso liberal y constructor de nuestra nacionalidad.

Más tarde, en 1816, con perseverancia e insistencia extraordinarias, alienta e impulsa la reunión del Congreso de Tucumán y, una vez lograda, le reclama reiteradamente, in-

sistentemente la declaración de la independencia y la consolidación de la autoridad nacional.

“¿Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia? —escribe a Godoy Cruz, diputado por Mendoza—. ¿No le parece una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener pabellón y cucarda nacional y por último hacer la guerra al gobierno de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué nos falta, más que decirlo? Por otra parte, ¿qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo y los enemigos (con mucha razón) nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos? Está Vd. seguro que nadie nos auxiliará en tal situación. Por otra parte, el sistema ganaría el cincuenta por ciento con tal paso. ¡Animo! Que para los hombres de coraje se han hecho las empresas. Veamos claro, mi amigo: si no se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque resumiendo éste la soberanía, es una usurpación que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir, a Fernandito.”

Siete meses después, cruzados los Andes y vencido el enemigo en Chacabuco, puede exclamar con espartana frase:

“Al Ejército de los Andes queda la gloria de decir: En veinticuatro días hemos hecho la campaña: pasamos la cordillera más elevada del globo, concluimos con los tiranos y dimos la libertad a Chile.”

No acepta el gobierno de Chile; primero, porque le repugna el poder y todavía está fresca la tinta con que ha escrito a “El Censor” de Buenos Aires, que ha publicado el pedido de su ascenso enviado por el Cabildo de Mendoza:

“Protesto a nombre de la independencia de mi patria, no admitir jamás mayor graduación que la que tengo ni obtener empleo público, y el militar que poseo, renunciarlo en el momento en que los americanos no tengan enemigos.”

Y segundo, porque Chile no era el objetivo de su empresa, sino el Perú:

“Nada debemos esperar de lo que se ha hecho, sino adelantar al Ejército Unido sus empresas.”

Más de tres años debe bregar para la continuación de su plan y, por último, para impedir que desaparezca la última oportunidad de marchar a la conquista de la anhelada libertad, repite su valiente decisión de 1811, al arrancarse de la madre patria y rompe lanzas con el gobierno de Buenos Aires, en aquel acto extraordinario, que la historia ha llamado *su desobediencia*.

Detengámonos un momento en este punto crucial de la vida del héroe, para tratar de comprender su actitud.

San Martín se ha dado a la patria todo entero y sin condiciones; como deben darse los patriotas verdaderos: por amor a ella y a su libertad y no con espíritu utilitario, para obtener de ella o mediante el ejercicio de su poder, prebendas y beneficios personales.

Como él mismo lo expresara, debe seguir el destino que lo llama y nadie ni nada modificará su trayectoria.

“Mira fijo a un punto fijo, que sus ojos solos ven”, que dijo el poeta. Por ello se impone a sus conciudadanos, desde los primeros días de su llegada al Río de la Plata.

Firme en su propósito de no apartarse de la ruta de la libertad de América, no lo torcieron jamás ni los halagos del triunfo, ni las riquezas puestas a su alcance, ni el anhelo del poder, ni las amenazas de los mandones ni los errores de los equivocados.

Por ello es, también, ejemplo incomparable de esa hermosa virtud de los hombres privilegiados, que se llama integridad de carácter y amor a la responsabilidad.

“La cualidad más descollante de un jefe —dicen los textos militares— es el amor a la responsabilidad.”

San Martín posee esta cualidad en el más alto grado, pero no caprichosa ni voluntariosamente, sino en la medida y manera en que también lo determinan las prescripciones militares, cuando expresan que ello

“no debe llevarlo (al jefe), sin embargo, a tomar resoluciones arbitrarias que prescindan del interés del conjunto o a no cumplir estrictamente las órdenes recibidas, reemplazando la obediencia por una presunción de saberlo hacer mejor.”

San Martín sabe que “la acción del jefe debe estar guiada por claros principios” y procede en consecuencia. Había venido para luchar por la libertad y la independencia de su patria y no por los intereses banderizos de las facciones en que se dividían suicidamente sus conciudadanos.

Planteadas la cuestión de aquel momento histórico, la examina detenidamente, la estudia con ánimo sereno y decide, con firme pulso, el camino a seguir.

¡Su desobediencia!...

¿Fué desobediencia o fué genial obediencia al mandato “del destino que lo llamaba”, al reclamo de la libertad aún no lograda, al impulso revolucionario de Mayo?

Él había organizado el mejor ejército americano de la época, para emplearlo en la lucha por la libertad y la independencia de América y no para entregarlo a la voracidad fatal de la anarquía desquiciadora y antipatriótica ni a otros propósitos de política interior. Como lo expresara entonces,

“... jamás derramará la sangre de sus compatriotas y
“sólo desenvainará su espada contra los enemigos de la
“independencia de Sud América”.

Por su parte, el gobierno, fundándose en la conocida amenaza de la expedición española al Río de la Plata, pero, en realidad con intenciones de combatir al caudillismo, había resuelto y ordenado la concentración de todas las fuerzas nacionales en la provincia de Buenos Aires.

Contemporáneamente con esta orden, San Martín, que se hallaba en Mendoza, había recibido comunicaciones de Chile, anunciándole que todo estaba listo para la expedición al Perú.

¿Qué hacer?

Su espíritu de disciplina se enfrentaba con su condición de soldado de la libertad, en serio y decisivo conflicto.

¿Qué hacer?

Era un general argentino y, como tal, debía obediencia al gobierno de Buenos Aires; pero, al mismo tiempo, era el comandante en jefe de un ejército aliado, constituido para desempeñar una misión determinada, lejos de la patria nativa.

¿Qué hacer?

Estudiaría la situación político-militar y se decidiría por lo que resultara más conveniente para la patria, ya que en la patria nadie veía más que el problema local. Ya, tres meses antes, había definido su conducta, al escribirle a Guido:

“El amor a la patria me hace echar sobre mi toda responsabilidad: si contribuyo a salvarla, aunque después me ahorquen”.

¿Y cuál era la situación?

Había pasado ya el peligro de la anunciada expedición al Río de la Plata, cuya realidad lo hubiera determinado al abandono transitorio del objetivo del Perú, para concurrir a desbaratar una amenaza capaz de ocasionar el fracaso definitivo de la guerra emancipadora.

En Méjico, la revolución está vencida: únicamente queda Guerrero, con un puñado de valientes patriotas que mantienen en alto la bandera de la independencia, en las montañas del Sud.

En el Norte de Sudamérica, los realistas poseen la zona costera, pero, están material y moralmente debilitados. Bolívar ha conquistado Nueva Granada y domina militar y políticamente la Gran Colombia, proponiéndose conquistar a Quito.

En el Alto y Bajo Perú, centro principal del poder español, éste posee 23.000 hombres, en núcleos cuya ubicación mira

hacia Quito, hacia la quebrada de Humahuaca y hacia la defensa de Lima. Su escuadra está encerrada en El Callao y Guayaquil. El espíritu revolucionario está minando la población, dirigido por el mismo San Martín.

En el Pacífico, la escuadra chilena, al mando de Cochrane, domina el mar.

En las Provincias Unidas, el "Ejército del Norte" está debilitado por la anarquía; el de Buenos Aires ha sido derrotado en Cepeda por los caudillos de Santa Fe y Entre Ríos; el Directorio y el Congreso nacionales carecen de suficiente autoridad; el caudillismo, la anarquía y las montoneras dominan en las provincias.

Chile es libre e independiente; su gobierno responde a la influencia de San Martín y está decidido a apoyar la expedición libertadora al Perú, en cumplimiento del plan cuya primera parte consistió en darle la independencia. El "Ejército de los Andes" constituye todavía un fuerte núcleo de tropas disciplinadas e imbuídas del ideal de la libertad de América.

En resumen: el poder colonial tiene un apartado centro triunfante en Méjico, pero está en crisis en el resto de los países, ya que Bolívar lo tiene en jaque en el Norte, Cochrane en el Pacífico y San Martín le impide moverse del Perú, por la amenaza de la expedición libertadora.

Las Provincias Unidas están convulsionadas y no existe una verdadera autoridad nacional. Güemes defiende la frontera Norte, si bien carece de un ejército regular que lo sostenga e impulse. El Río de la Plata es una entrada abierta, pero no hay peligro hispánico inmediato que la amenace. La frontera Oeste está segura. Toda tropa regular que interviene en la guerra civil se indisciplina y desorganiza. Los caudillos sólo ven su problema particular.

En esta situación, si el "Ejército de los Andes" interviene en la guerra civil, como quiere Buenos Aires, es muy probable que sea alcanzado por el virus anárquico y, en el mejor de los casos, podría dominar a Cuyo y Córdoba, pues no tiene efectivos para cubrir más territorio. Al mismo tiempo, perde-

ría la oportunidad (tan intensa y largamente ansiada y trabada) que ahora se le ofrece, de integrar la expedición al Perú; dejaría en libertad de acción a los 23.000 hombres del virrey Pezuela, quien se apresuraría a trocar la situación, enviando un ejército contra Bolívar y otro a la reconquista de las Provincias Unidas, desquiciadas y sin fuerzas para resistirlo. Ello, cuando menos, prolongaría indefinidamente la guerra de la independencia.

En cambio, si se realiza la expedición libertadora, se ataca al poder realista en su centro vital, contribuyendo considerablemente a acelerar el fin favorable de la guerra, sobre todo, si es posible armonizar las operaciones con las del libertador de Colombia. Asimismo y automáticamente, las Provincias Unidas se verán libres de toda amenaza realista y podrán dedicarse de lleno a buscar la solución de su crisis política interna.

Como se ve, la resolución estratégica cae por su propio peso; pero, tomar esta resolución requiere superiores calidades de carácter, porque en la patria serán legión los que calificarán al audaz que la tome con los peores adjetivos y el juicio justiciero de la historia es muy incierto y está más allá de la vida.

Sin embargo, el héroe la adopta.

Ello no es todo. Tomada la decisión, hay que ejecutarla con habilidad y prudencia, para que alcance todo su éxito, porque el gobierno de Buenos Aires, a pesar de contar con varios miles de soldados y milicianos, que son más que suficientes para dominar al caudillismo, está empeñado en que cumpla tal misión el "Ejército de los Andes", por su elevada moral y su sólida preparación guerrera.

¿Cómo hacer para llevar a Chile este ejército, antes de que el gobierno lo impida?

"Tengo la orden de marchar a la capital con toda la caballería e infantería que pueda montar" —escribe a O'Higgins por mano de su secretario; pero, más abajo, agrega de su puño y letra—: "Reservado para usted so-

lo: No pierda tiempo un solo momento en avisarme el resultado de Cochrane, para sin perder un solo momento marchar con toda la División a ésa, excepto un escuadrón de Granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia. Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible; pero si no se emprende la expedición al Perú, todo se lo lleva el diablo...’’

Al gobierno de Buenos Aires le oculta su decisión, pues anuncia al Director Supremo Rondeau que marchará con dos mil hombres y toma medidas que dan verosimilitud a la noticia, mas no se mueve y aprovecha la revolución tucumana que puso preso a Belgrano —¡a su gran amigo Belgrano!—, para demorar la partida y, luego, pretexta su mala salud para que se le deje regresar a Chile.

Durante esta demora, el virus de la anarquía se extiende y Rondeau reitera a San Martín, en forma apremiante, la orden de que baje a Buenos Aires todo el “Ejército de los Andes”. A ella responde el Libertador, desde su lecho de enfermo:

“He reclamado en vano por el espacio de tres años mi separación del mando del ejército. Ya no es necesaria nueva reclamación: mi postración absoluta me hace separar de este encargo”. . .

Delega el mando en Alvarado y, en una camilla transportada en hombros por soldados, atraviesa la cordillera y se establece en Chile, donde reacciona con rapidez; ello le permite trabajar activamente en los preparativos de la expedición libertadora, a pesar de los achaques con que su enfermedad lo abruma.

En tal situación, se produce la sublevación de Arequito y la renuncia obligada del gobernador de Córdoba; Ibarra se apodera de Santiago del Estero y el batallón “1º de Cazadores de los Andes”, se subleva en San Juan. El año 20, tan tristemente célebre en la historia de nuestra patria, había comenzado su trágico recorrido.

Enterado San Martín de estos acontecimientos, que tan directamente amenazan la posibilidad de realizar la expedición al Perú, ordena el repaso inmediato de las tropas acantonadas en Cuyo y Alvarado llega a Chile con una parte importante de ellas, no alcanzadas aún por la indisciplina y la desmoralización que había perdido al “1º de Cazadores de los Andes”.

“...y de este modo —dice Mitre— salvaba sus últimas armas de perderse estérilmente en la guerra civil, en que todos estarían derrotados”.

Todos, efectivamente, todos: vencidos y vencedores. Porque además de dar pábulo con su lucha fratricida a la anarquía, la tiranía y la ruina, los realistas del Alto Perú habrían caído sobre la presa debilitada y empobrecida de las Provincias Unidas, para esclavizarlas y destrozarlas con los terribles y sangrientos métodos de Goyeneche y Olañeta.

Por eso, al emprender viaje hacia las costas peruanas con su expedición redentora, el paladín de la libertad dijo a su pueblo:

“Compatriotas: yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestra desgracia; vosotros me habéis acriminado aun de no haber contribuido a aumentarla, porque éste habría sido el resultado si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra con los federalistas; mi ejército era el único que conservaba su moral y me exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase mis tropas contra el orden. En tal caso era preciso renunciar a la empresa de Libertar al Perú y suponiendo que la suerte de las armas me hubiera sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos”.

Y, más adelante:

“Provincias del Río de la Plata: el día más célebre de vuestra revolución está próximo a amanecer. Voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: Yo no puedo

menos que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país; y sea cual fuese mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos”.

“Alea jacta est!”, podríamos titular a esta proclama histórica y llena de enjundiosa substancia patriótica, porque al lanzarla en el momento de dar la espalda a Buenos Aires y marchar a la liberación del Perú, el general San Martín juega el todo por el todo, como César al cruzar el Rubicón y avanzar sobre Roma al frente de su ejército, en contravención de lo dispuesto por la ley.

“La suerte está echada!”

“Voy a hacer el último esfuerzo en beneficio de América —le escribe a su grande amigo Godoy Cruz, ya con el pie en el portalón de la nave que habrá de conducirlo—. “Si esto no puede realizarse por la continuación de los desórdenes y la anarquía abandonaré el país, pues mi alma no tiene temple para presenciar su ruina”.

Prefiere desaparecer del escenario, antes que ser actor en la contienda fratricida: sólo hace la guerra a los enemigos de la libertad de América...

Llegamos, por último, a la prueba final; al acto sublime del renunciamiento definitivo, en aras de esa misma libertad, después de la conferencia de Guayaquil.

Entrado en Lima el 9 de julio de 1821, San Martín envía una división de sus tropas para reforzar las de Colombia, cumpliendo así su propósito de contribuir a la más pronta emancipación del continente. Un año después y en respuesta a una atenta comunicación de Bolívar, el Libertador del Sur escribía al Libertador del Norte:

“Lima, julio 13 de 1822. Excmo. señor: Los triunfos de Bomboná y de Pichincha han puesto el sello a la unión de Colombia y del Perú, asegurando al mismo tiempo la

libertad de ambos Estados. Yo miro bajo este doble aspecto la parte que han tenido las armas del Perú en aquellos sucesos y felicito a V. E. por la gloria que le resulta al ver confirmados los solemnes derechos que ha adquirido al título de Libertador de Colombia. V. E. ha consumado la obra que emprendió con heroísmo y los bravos que tantas veces ha conducido a la victoria tienen que renunciar a la esperanza de aumentar los laureles de que se han coronado en su patria, si no los buscan fuera de ella. El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deben reunirse los que quieren obtener los honores del último triunfo, contra los que ya han sido vencidos en todo el Continente..."

Y, más adelante :

"Ansioso de cumplir mis deseos frustrados en el mes de febrero por las circunstancias que concurrieron entonces, pienso no diferirlos por más tiempo : es preciso combinar en grande los intereses que nos han confiado los pueblos, para que una sólida y estable prosperidad les haga conocer mejor el beneficio de su independencia. Antes del 18 saldré del puerto del Callao y apenas desembarque en el de Guayaquil, marcharé a saludar a V. E. en Quito. Mi alma se llena de pensamientos y de gozo cuando contemplo aquel momento ; nos veremos y presiento que América no olvidará el día en que nos abracemos..."

Esta vez se equivocó el héroe : América no olvidó el día en que se abrazaron los dos libertadores, pero no ha sido por lo que él suponía y creía, sino porque en ese histórico minuto de la epopeya americana, no hubo fusión de corazones, como él esperaba, ni alianza de espíritus semejantes : hubo recio choque de cualidades encontradas ; hubo aguda disonancia de cuerdas que vibraban en distinto diapason ; hubo la evidencia de dos objetivos diferentes...

San Martín comprende que, si no se aparta del camino, la guerra con Bolívar es inevitable y resuelve eliminarse antes de concluir su misión libertadora, porque ahora no puede eludir el encuentro, como fuera su norma. Debe apartarse pa-

ra evitar el fracaso de su plan libertador, para no transportar a aquellas tierras el cuadro afligente de su patria nativa.

“Los resultados de nuestra entrevista” —escribe a Bolívar en carta del 29 de agosto de 1822, cuya autenticidad está ya bien probada— “no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente yo estoy íntimamente convencido o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme y que aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside”.

Y después de enumerar interesantes pormenores acerca de la situación militar en el Perú, consigna las siguientes expresiones de magnífico renunciamento y extraordinaria grandeza de alma, que confirman una vez más, la verdad de su desinterés y hasta dónde era de real y efectivo su amor a la libertad:

“... estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero, también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males. En fin, general: mi partido está irrevocablemente tomado. Para el veinte del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el sólo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando.

Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse”.

La carta concluye así:

“Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la Independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor JOSÉ DE SAN MARTÍN”.

Y bien, señores: no creo necesario ser más extenso para demostrar la verdad de la premisa contenida en el título de esta conferencia: “*El General San Martín: Un hombre extraordinario*”.

Su conducta en la epopeya de la emancipación sudamericana, con una sola y recta línea; los nobles rasgos de su carácter, de un romanticismo definido y la genial inspiración de sus concepciones estratégicas y de su visión del porvenir americano, lo encuadran perfecta y ampliamente dentro de aquella clasificación, como prototipo exclusivo o casi exclusivo.

Cabe pues, muy bien, definir al Libertador como lo hiciera al comenzar y que ahora cuadra mejor, como conclusión:

“Hombre extraordinario, honra de su siglo; gran capitán de los Andes; símbolo de la probidad, del desinterés y de la integridad de carácter; todo lo pudo y renunció honores, fortuna y poder, por amor a la patria y a la libertad. Creció en grandeza al sufrir estoicamente la injusticia, el destierro, la deslealtad, el olvido, la ingratitud y la pobreza.

“Dichosa su patria, en cuya gesta heroica fué numen y paladín; pero, más dichosa todavía, si sabe vivir bajo el signo esplendente de su luz estelar...”.

ERNESTO FLORIT

